

Secretaría de Prensa

**DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,**  
**D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, ANTE EL SENADO DE LA**  
**REPUBLICA DE MEXICO**

CIUDAD DE MEXICO, 3 de Octubre de 1990.

Señor Presidente de la Comisión Permanente del Congreso;  
Honorables Senadores y Diputados;  
Señoras y señores:

Aunque traía preparado un texto para leer en esta ocasión, al escuchar las palabras del señor Presidente y de los Honorables Senadores y Diputados que, en representación de los distintos partidos políticos de México, han querido expresar el testimonio de su afecto y solidaridad con Chile, me ha parecido que era más justo y más adecuado que dejara llevar, en esta ocasión, la voz del corazón, del sentimiento y de mis convicciones, con alguna espontaneidad.

En primer lugar, quiero decirles que me siento muy honrado al estar en el seno del Congreso. Fui parlamentario por años y fui Presidente del Senado de mi país, y como demócrata tengo la convicción más profunda de que el Parlamento es el órgano de expresión natural, institucional, de las distintas corrientes de opinión de un país. Es el espejo de la Nación entera. Porque la unidad de una Patria se construye en su propia diversidad. Nadie puede pretender que por compartir la identidad nacional haya de compartirse todos los pensamientos, todas las convicciones, todas las opiniones.

El respeto a la dignidad esencial de la persona humana, fundamento básico de toda democracia, exige la posibilidad de que todas las opiniones y todas las tendencias tengan posibilidad de expresarse, mediante un sistema de representación proporcional que permita que todas participen, la mayoría gobernando, las minorías exponiendo sus críticas o sus alternativas en la construcción común del destino nacional.

El Parlamento es, entonces, un baluarte esencial en toda democracia.

Quiero, en segundo término, expresar ante ustedes lo que ya

he dicho ante el señor Presidente de la República y ante las autoridades, ante el Municipio o el Consejo de Administración de la ciudad, que han tenido la gentileza de recibirme, quiero expresar la gratitud del pueblo chileno, al cual represento hoy día como Presidente de la República, para con el pueblo de México, por la solidaridad permanente, expresada por ustedes, por sus fuerzas políticas, por sus instituciones, por sus representantes, con la lucha de los demócratas chilenos por la libertad en nuestra Patria, y la solidaridad fraterna, expresada por el pueblo de México, al recibir con tan cariñosa y afectuosa hospitalidad a tantos chilenos que, huyendo o forzados por las circunstancias que vivía Chile, encontraron en el asilo mexicano un nuevo hogar, afectuoso, fraterno, solidario.

Quiero, en tercer lugar, decirles que el afecto de Chile por México, del pueblo chileno por el pueblo mexicano, que se va forjando desde la niñez en el estudio de nuestra historia, de la historia común de los pueblos de Iberoamérica, que se enriquecen con los aportes de la cultura mexicana, con la admiración que suscitan en nuestras juventudes los murales de Rivero, Orozco, las expresiones de la música de ustedes, que llegan a través de los medios de comunicación, y que son entonadas y compartidas en la vivencia diaria, sobre todo en los sectores populares de nuestra Patria, en los sectores campesinos, hay un afecto muy profundo, nos sentimos como hermanos. Y es un afecto unido a cierto grado importante de admiración por la lucha permanente del pueblo de México en defensa de ciertos principios fundamentales, a lo que pudiéramos llamar "la dignidad nacional", la lucha del pueblo de México por su soberanía y por la soberanía de los pueblos de Iberoamérica.

Eso lo hemos conocido a través de la historia, lo admiramos y es un vínculo de unión, de la tierra chilena, que legó también del indómito araucano cierta gallardía, que llevó al poeta español a decir "que no había sido por Rey jamás regida y a extraño dominio sometida", la raza araucana, esa cosa natural del pueblo chileno que se ve expresada en admiración ante una actitud análoga, tan viril y tan permanente, de parte del pueblo mexicano.

En cuarto lugar, yo quisiera decirles que agradezco mucho todos los conceptos de reconocimiento que se han expresado aquí respecto del proceso de retorno a la democracia que está viviendo nuestra Patria.

En verdad, excúsenme unos breves minutos de reflexión a título informativo, para que ustedes estén más compenetrados de la verdad de ese proceso, se trata de un proceso bastante atípico. Generalmente los restablecimientos de sistemas democráticos se producen sobre la base del derrumbe de los regímenes autoritarios que le precedieron, y generalmente este derrumbe no está exento de violencia y de confrontación aguda.

El pueblo chileno luchó como mejor pudo en defensa de sus libertades, de su vocación democrática, pero cuando el camino de las protestas, del levantamiento generalizado, se estrelló con un muro, al parecer, imbatible, se abrió camino en la sociedad chilena la idea de que podíamos reconstruir y reconquistar la democracia por los propios caminos institucionales que el sistema autoritario había establecido.

Básico para el éxito de este camino fue un hecho, a mi juicio, fundamental, que el sufrimiento de tan largos años nos llevó a quienes habíamos sido adversarios en el pasado, a comprender que era mucho más lo que nos unía que los que nos separaba, y que por más allá de las banderas ideológicas que desplegadas en todo su esplendor conducen a veces a confrontaciones inútiles, debíamos aunar esfuerzos en torno a los valores fundamentales que conforman el espíritu y la esencia de la democracia.

Por eso se pudo formar la Concertación de Partidos por la Democracia, fruto de un largo proceso, de sucesivas tentativas, que auna en su seno a quienes fuimos adversarios en el pasado, a quienes constituyeron el eje de sustentación del gobierno del Presidente Allende y a quienes estuvimos, como quien les habla, en la oposición democrática a ese gobierno.

Caminamos juntos, logramos ponernos de acuerdo en lo esencial y sobre esa base hemos constituido no sólo una fuerza poderosa, que ganó con el No el 5 de Octubre del 88, que eligió Presidente de la República el 14 de Diciembre del 89, sino que, desde el 11 de Marzo pasado, está gobernando al país con una conducta ejemplarmente democrática, con una gran homogeneidad. Nos decían "¿cómo se van a poner de acuerdo? En el gobierno van a empezar a disputar entre sí". Y resulta que la madurez forjada en el dolor, nos ha hecho comprender que estamos de acuerdo en todo lo esencial y nos ha hecho comprender que los acuerdos que constituyen las bases programáticas de nuestro Gobierno, deben ser respetadas de corazón por todos los partidos integrantes, y estamos gobernando juntos, y para mí, como Presidente de la República, es motivo de profunda satisfacción la unidad demostrada, tanto por mis equipos de Gobierno como por los partidos de la Concertación, tanto en las acciones del Ejecutivo como en la acción del Parlamento, para hacer posible el cumplimiento de nuestro Programa de Gobierno.

Quiero decir algo más. En el éxito de este proceso es fundamental entender que la política no es sólo el arte de hacer lo que se quiere, sino que es el arte de hacer lo que se puede de los que se quiere. La política exige conciliar ideal con realidad; exige conciliar, para ser eficaz, los grandes principios y valores por los cuales se lucha para construir una sociedad mejor, a los cuales jamás se puede dejar de mirar, como el Norte que nos guía, como la meta final. Pero es indispensable, al mismo tiempo, ir mirando el suelo que se pisa, los escollos que se

encuentran en el camino, para no estrellarse vanamente contra los muros, para no confundirse, para no fracasar.

Un político eficaz tiene el deber de tener éxito, y para tener éxito no puede prescindir de la realidad con la cual se encuentra. Nuestros pueblos tenemos por delante la tarea de realizar simultáneamente tres grandes metas u objetivos, en nuestras realidades nacionales y en nuestro concierto latinoamericano, es el gran desafío que estamos encarando en Chile, que sé que encaran ustedes en México, que encaran todos los pueblos de nuestro Continente: es el desafío de demostrar que es posible en nuestros pueblos la democracia, con todo lo que significa de libertad, del respeto a la dignidad de la persona humana, de pluralismo y, al mismo tiempo, la justicia social que significa que la democracia no es sólo libertad, sino que es derecho para todos, que es posibilidad de acceso a todos a condiciones de vida dignas, que es superar la barrera entre ricos y pobres, que es abrir posibilidades a los pobres para un mundo de bienaventuranza y de justicia. Y significa, al mismo tiempo, ser capaces de vencer el desafío de la pobreza, es decir, superar las barreras del subdesarrollo, lograr el crecimiento de nuestros pueblos, el crecimiento económico, la modernización de nuestras economías, ser capaces de producir más, de crear más riqueza, porque con el sólo repartir la riqueza que tenemos, no vamos a lograr la condición de bienestar mínimo de dignidad humana para todos los habitantes de nuestras patrias.

¡Conciliar el desafío del éxito económico con el desafío de la justicia social, con el desafío del imperio de la libertad, esa es nuestra gran tarea, en esa tarea estamos, en esa tarea somos hermanos, ustedes mexicanos, nosotros chilenos, y todos los pueblos de nuestra América! ¡En esa tarea tenemos que marchar unidos, tenemos que, con las cabezas serenas, pero con el corazón ardiente, trabajar juntos, hermanos, ir superando los escollos, y estoy cierto que conquistaremos para nuestras patrias, para nuestros pueblos, un porvenir de libertad, de justicia, de paz!

Muchas gracias.

\* \* \* \* \*

CIUDAD DE MEXICO, 3 de Octubre de 1990.  
MLS/EMS.